

CECILIA VALDÉS URRUTIA

“No solo en tiempos del impresionismo la ceguera afectó a críticos y teóricos influyentes —escribió Waldemar Sommer en el año 2002—. En el ámbito nacional, más de alguna historia chilena de las artes visuales ignoró a Adolfo Couve. Romera, en cambio, fue su descubridor. Frente a la actual retrospectiva del pintor en el Museo Nacional de Bellas Artes, cabe preguntarse: ¿sentirán algún remordimiento aquellos historiadores? Es que los 58 óleos y siete dibujos del artista hablan por sí solos”, concluía el crítico en estas páginas, ante la única antología que se ha hecho sobre la pintura del singular e influyente pintor, profesor y escritor Adolfo Couve Rioseco (1940-1998).

Cuatro años antes de esa exposición, en 1998, Couve se había quitado la vida sumido en una profunda angustia. Esa primera retrospectiva del pintor presentada bajo la dirección de Milan Ivelic y organizada por la historiadora del arte Claudia Campaña venía a reparar una deuda con él y con el arte. No fue fácil recolectar sus obras, escasas y en su mayoría en colecciones privadas. Había pasado también varios años sin pintar, pues estaba concentrado en su otra gran pasión: la literatura, en la que alcanzó un nivel tan alto como en la pintura, transformándose en un caso único en nuestro país, como lo destacaron tantas veces los críticos Ignacio Valente y Waldemar Sommer.

Las pinturas exhibidas en el museo fueron reunidas, ese mismo año, en un completo libro, realizado por la curadora, con un registro de cada pintura y dibujo, insertas en los géneros que él abordó —naturaleza muerta, paisaje y retrato— durante sus dos grandes etapas pictóricas, la de los años 60, y aquella desde 1984 a 1998. La investigación, además, sitúa las obras en su contexto y parte de la biografía del artista, con testimonios y también entrevistas que él dio a medios.

Ahora, la nueva edición revisada y ampliada del libro “Adolfo Couve: Una lección de pintura”, de Claudia Campaña, completa el puzzle: incorpora nuevas pinturas y dibujos reencontrados y reproduce detalles de esos reveladores trazos pictóricos y luces que contienen la obra del artista. Mantiene las numerosas y excelentes imágenes tomadas de su pintura por la fotógrafa Patricia Novoa. Y el volumen lo publica Ediciones Metales Pesados, en un formato mediano y de lujo, a un precio asequible gracias a un proyecto Fondart.

### “Creen que soy anacrónico, y soy de extrema vanguardia”

Adolfo Couve poseía una compleja personalidad, autoexigente al máximo y en extremo sensible lo que hacía difícil abordarlo. Ello lo llevó a refugiarse en su vieja casona en el balneario de Cartagena, a partir de los años 80, la que solo abandonaba para acudir a sus clases en la Universidad de Chile, a las que llegaba en micro. A pesar de su personalidad cuando accedía a hablar sacaba a relucir una sorprendente agudeza, una admirable cultura y original claridad.

Couve vivía inmerso en la historia del arte y en los grandes autores de la literatura. No ocultaba su admiración y su modelo en escritores como Flaubert, Balzac y Stendhal. Y para la pintura su obsesión por el claroscuro de Rembrandt, la pupila veloz de Velázquez y el riguroso análisis de la naturaleza de Cézanne. Los más conceptuales lo acusaban de anacrónico.

En una de las dos únicas entrevistas que dio a un medio en el año 1985, a Artes y Letras —extracto que reproduce la introducción del libro—, Couve expresa: “Los ismos en el siglo XIX y XX, vale decir las vanguardias, se atropellan y suceden en forma tan vertiginosa, que todos somos anacrónicos sin darnos cuenta. Cómo serán de dudosas las vanguardias, que mis actitudes aparentemente anacrónicas en mis pinturas y novelas podrían ser consideradas como vanguardia. Y en cierto modo lo son, porque creo que abren posibilidades a muchos artistas poseedores de talentos que no se atreven a mostrar lo que hacen”, sentenciaba.

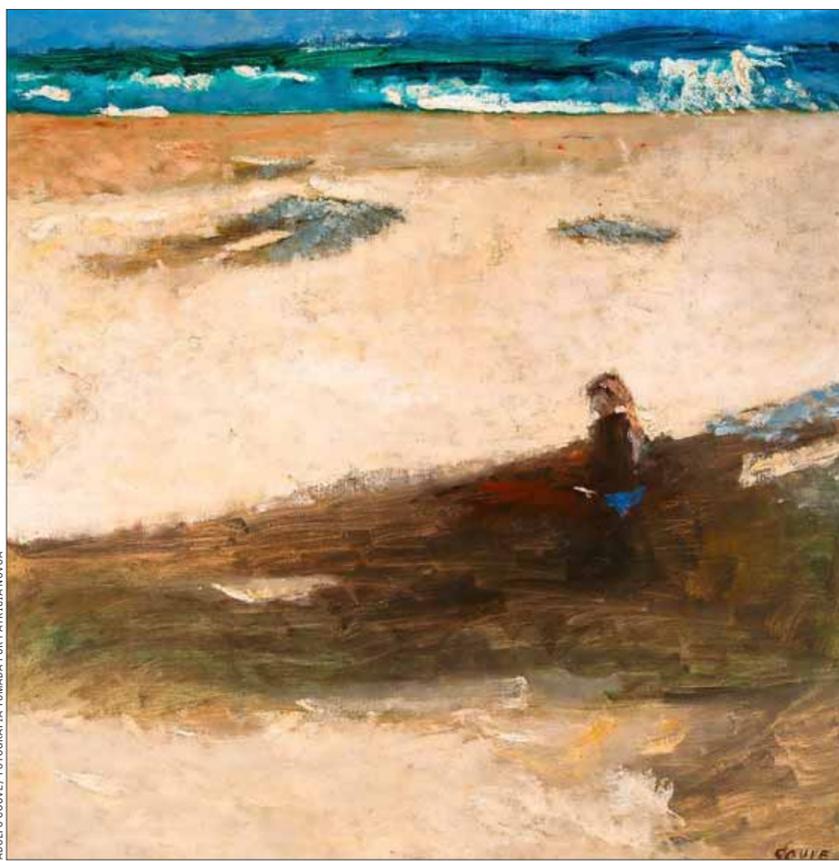
Acababa de inaugurar su emblemática muestra, tal vez la más importante en vida: la de sus mares y playas pintados en su entorno del balneario de Cartagena en esos años, que expuso en la galería Visuala, ubicada en calle Suecia, dirigida por su amiga y galerista Michi Donoso (a quien pinta en “Retrato con gorguera”). Couve había vuelto a los pinceles luego de estar 15 años dedicado solo a la literatura, escribiendo sus celebrados libros “El picadero”, “El tren de cuerda” y “La lección de pintura”. Apuntado como uno de los escritores chilenos más significativos y originales de ese tiempo.

En aquella exposición de arte estuvo

**METALES PESADOS** | Nueva edición ampliada sobre la obra plástica del autor de “La comedia del arte”

# UN REGRESO DE COUVE: Sus pinturas sobre la pintura

El mítico maestro, gran pintor y escritor a la vez —fenómeno casi único en nuestro país— desarrolló una singular pintura cuyo tema era, esencialmente, una gran cita a la historia del arte. Fue criticado por algunos como anacrónico, pero al mismo tiempo influyó en generaciones de creadores y teóricos hasta hoy. Una edición revisada del libro de Claudia Campaña, que reúne su obra pictórica, se presenta el 28 de julio.



“La playa. MNBA. “El cielo se reduce para dejar protagonismo a las olas que rompen en la arena”, reseña el libro.



Couve con su querido perro “Marrón”. Años 90. En la playa de Cartagena, donde vivía inmerso en su intelecto y extrema sensibilidad, capturando en la pintura “el momento fugaz”.

muerta en un lavadero’, y en el óleo ‘Naturaleza muerta delante de una ventana’ (1965) logra plasmar un profundo silencio y una atmósfera de atemporalidad”, destaca Campaña.

Uno de los aportes de la edición revisada es incorporar “Naturaleza muerta”, de 1967, de propiedad del Art Museum of Americas, en Washington. “Ese óleo destaca su capacidad por hacer pinturas acerca de la pintura y confirma su obsesión por retratar una y otra vez los mismos objetos”, precisa la autora del libro.

El volumen también reproduce óleos que hizo entre los 17 y 20 años, con sus primeros gestos pictóricos. Campaña fue alumna de Couve, en el curso de Estética e Historia del Arte: “En esas clases los alumnos escuchábamos muy atentos y, a ratos, atemorizados ante su enérgico discurso. No había espacio para preguntas. Una vez terminada la sesión de diapositivas, daba por concluida la sesión con un seco ‘se van’”.

### Literatura y estética

La obra literaria de Adolfo Couve es reveladora de su agudeza y de la profundidad y sensibilidad de su mirada hacia la pintura. Su novela “La comedia del arte” (1994) es la historia de un pintor fracasado, Alonso Macondo. Couve decía a Artes y Letras que “el pintor realista debe tener la sensibilidad y la pupila para primero encontrar un tema universal. Y al traducir el motivo debe hacerlo sentir. Pero para hacer sentir la verdad de lo que traduce debe calcular la cantidad exacta de luz, de blanco preciso que tiene un color en un momento”.

Siguió pintando silenciosamente lo que lo rodea hasta el final, “buscando captar el momento fugaz”, insistía, más sintético y a veces sobre soporte papel o cartón. Hizo algunos paisajes que plasman su estado de angustia, con inquietantes manchas oscuras, como “Nocturno en Cartagena”. En 1998 pinta “Según autorretrato de Rembrandt de 1626”: una cita del autorretrato del maestro barroco, que admiraba. Solía hacer una clase magistral de “La ronda nocturna” que conmovía.

En esos años, cuenta a “El Mercurio” una de sus últimas reflexiones estéticas, durante un día sábado en su casa en Cartagena: “Me interesa volverme hacia Manet, porque la historia de la pintura, en un momento, tuvo dos caminos: Manet o Cézanne, y optó por el segundo, que es más analítico y cuya forma de tomar conciencia de la pintura hizo que las academias adhirieran a él. Pero esa experiencia ha llegado a un desgaste, ¡por eso me interesa volver hacia Manet!”.



“Martita”. 1967. Su señora por varios años, con quien tiene a su hija Camila. Couve no olvidaba a quienes quería y apreciaba.

extremadamente sensible e intransigente: prohibió que lo fotografieran y que se grabara la entrevista. Era una tarde helada y húmeda de invierno, y al insistir en que no era un pintor anacrónico dio otra clave de su obra, señalando a Artes y Letras: “No saben que soy de extrema vanguardia porque siempre busco la pureza en la pintura y la traducción”.

De esa época provienen algunas de sus pinturas más sobresalientes, como “Paisaje de Cartagena” y “Playa”. También sus naturalezas muertas de apariencia simple pero que concentran toda una lección de pintura. Hay retratos y autorretratos. La mancha pictórica protagonista son pinturas, en la que reconoce la impronta de Juan Francisco González y de Pablo Burchard.

### Los 60 y vuelta al siglo XIX

La década del 60 es cuando inició sus primeros paisajes como pintor “profesional”. Y fue en 1965 cuando parte una nueva serie, quizás la más lograda sobre fragmentos de playa. “Trabaja en ellos hasta 1967, cuando gana el Primer Premio del Concurso Acero del Pacífico con el óleo “La playa de los muertos”, escribe Claudia Campaña.

Algunos de sus paisajes más destacados son “Río Mapocho” (1966) y “La playa” (1965), del Museo Nacional de Bellas Artes. “Resume el carácter de todas las composiciones de esa serie. El



“Naturaleza muerta delante de una ventana” (1965). Sus obras son una lección de pintura.



“Naturaleza muerta”, del Museo de las Américas. Incorporado en esta edición.

cielo se reduce ahí para dejar protagonismo a las olas que rompen en la arena (...). Más abajo, en el espacio que presenta la arena se rompe la horizontalidad por un campo diagonal de sombras que atraviesan la tela. Se inserta la figura solitaria de una niña de cabellos largos construidos solo con un par de trazos. Surge así la impresión de que campos



Couve “Copa de huevo”. Síntesis y color.

de luz y sombras se la disputan, confirmando su obsesión por investigar, cualquiera sea el motivo, las posibles soluciones que plantea un ejercicio de valores”, subraya la docente de la Universidad Católica.

En los años 60 también pinta naturalezas muertas. “Es notable cómo organiza los vacíos y la luz en ‘Naturaleza